

# LA DIGNIDAD DEL HOMBRE Y LA HISTORIA

P o r J U A N B E N E Y T O

**L**A más alta ventura del hombre consiste precisamente en abrir sus ojos a la fuente de la luz.» Estas palabras de Platón señalan sus posibilidades sobre un efectivo reconocimiento de la dignidad de la persona.

En la dignidad encuentran la razón y la inteligencia el más firme sentido, porque por ellas llega al hombre el soplo de cuanto le hace estar sobre sí.

El alma necesita ámbitos más extensos que los del cuerpo. La vitalidad cultural del hombre estriba en el alejamiento de los objetivos que su propia inteligencia se ha planteado. Si el objetivo deja de ser perenne, acaso deja de ser, al propio tiempo, objetivo. (El fenómeno vale bien una observación: se da igual que en el hombre en los pueblos, explicando así la inacción de los que se entregan al cultivo de posturas cumplidas, y en vez de investigación nace la glosa, en lugar de la línea se vive sobre el punto.)

La Historia puede ayudarnos a comprender este fervoroso avanzar del destino de la inteligencia. Dos tipos de saberes, de concepciones de la función del hombre cerca de la sabiduría suenan en dos

ejemplos valiosos : el saber que hace al hombre libre y el saber que le hace experimentado. Jacques de Cessoles y Juan de Salisbery, con cuanto significan las dos corrientes que animan en la mundanidad y en la «sapida scientia», culminan su tesis en la afirmación de que sólo es libre el hombre culto : «sapiens, liber». Otra línea, la humanista, ofrece el ejemplo del saber como experiencia. En Vives y en Erasmo brilla la tesis sobre otra afirmación hecha apotegma : el «sapiens solo longaevus»; la conquista de la ancianidad por la cultura, por el conocimiento del pasado y de lo eterno. También la Sagrada Escritura apoya la actitud, al evocar lo que la ancianidad significa para el hombre.

Mas el tema vital es el político : la bondad de un régimen no está solamente en permanecer, sino en hacer que permanezca el hombre con la plenitud de sus facultades. Antes la Persona que el Estado, y sólo el Estado con la Persona. De ahí que la función y el destino de la inteligencia y de la razón estén ligados irrefragablemente al reconocimiento de la dignidad humana. Este será el mejor criterio para dar un juicio sobre la «optima politia». Y acaso no pueda encontrarse por parte alguna un argumento más poderoso contra el Comunismo y un más favorable ariete contra cuantas actitudes niegan lo que ha sido y es esencial a la doctrina católica.

También la Historia ha venido insertando en los distintos momentos de su desarrollo testimonios vivaces de este destino y juicios de valor sobre sus consecuencias.

Cuando el Estado nace, como en la Francia de Felipe el Hermoso, frente a mundo eclesiástico e intelectual, el primer deseo del príncipe es conquistar la Universidad para su servicio. Pierre Dubois la coloca en la posición de «fille du roy», sometiéndola a tutela bien claramente testimoniada cuando Gerson no tiene inconveniente en juzgar pariguales a este efecto las relaciones de filiación y de servidumbre, y así llama a la Universidad «ancilla regis».

Contra tal tendencia se levantan los hombres fieles a la tradición de las letras y en general los que se ligan a una formación cultural eclesiástica; así Sánchez Arévalo, que ve en la protección de la sabiduría la más alta calificación del rey mismo.

No se niega con ello la función del intelectual hacia la cosa pública. Lo que sirve o puede servir nos lo dice Leonardo de Vinci en su epístola a Ludovico el Moro, hacia 1482. Y lo que puede significar el hombre estudioso en la obra política nos lo da el séquito de Carlos V, que reúne las mejores cabezas en su «rastros», frente a la pintura antigua (de aquel Alfonso XI) del séquito que va de pueblo en pueblo como plaga de langosta.

Tenemos ahí el mecenazgo imperial y el principesco, la posición correcta contra la abstención y frente a la servidumbre. También por entonces la tiranía que está reflejada en el mundo político de los otomanos supo acordar con el tiempo la expulsión de los filósofos. Mateo López Bravo nos señala la pretensión de algunos políticos que «a ejemplo de los turcos» condenan a perpetuo destierro a las que llaman inútiles mentiras de los filósofos... Contra semejante tesis el escritor español se rebela: son—dice—determinaciones y consejos de tiranos, los cuales «gustan más de señorear a esclavos que a libres y de mandar más a bestias que a hombres».

¿Se ve, pues, cómo tornamos siempre al tema de la dignidad humana?

La dignidad del hombre se rebela contra toda domesticación de la inteligencia ajena, que es la propia del que se pretende domesticar. Desterrar a los filósofos era demasiado, matar los sabidores no hay ya quién se decida, pero someter al intelectual es un camino que se ofrece como irremediable tentación. Su ejemplo está en el Metternich que celebran durante un siglo todos los reaccionarios de Europa. El profesor von Srbik sintetiza la teoría metterniquiana, en el aspecto que nos interesa, destacando el programa de vigilar tres cosas que duelen a la Contrarrevolución: las Sociedades secretas, la Prensa y los Profesores universitarios. Otra vez se quiere, con Metternich, tener a la Universidad como quiso Felipe el Hermoso, entre hija y esclava. Son los tiempos en que se combate y se moteja la manía de pensar. Que es también cuando se toma la de gobernarlo todo.

¿Pretendemos ofrecer, anárquicamente, a la Razón y a la Inteligencia una libertad de mundo natural? No; en ninguna forma.

Porque son atributos del hombre han de someterse a cuanto condiciona socialmente la misma vida del hombre: las consecuencias de la comunicación y de la existencia, simbiótica y política, pero también la renovada proclamación de su dignidad.

Contra la servidumbre de la obra espiritual, pero frente al simple naturalismo de su acción, buscando y fijando aquellas razones a las que la Razón ha de estar sometida. En primer término, el orden sobrenatural y divino; en seguida el orden terrenal: la Patria y la Familia.

Contra el reconocimiento de fines supraformales busque el intelectual, para ser fiel a su destino, la amistad de lo que nos coloca por encima de lo perecedero: ese «*sidus amicus*», señalado por León XIII en su gran encíclica *Aeterni Patris*, como algo más que una simple estrella rectora.

Así podremos cumplir mejor que el hombre antiguo la pretensión humana y platoniana: abrir los ojos a la fuente de la luz.

